



CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

LA INMACULADA CONCEPCIÓN

Link a YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=byDBBmljDeQ>

Muy buenos días y un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más nos disponemos, con la gracia del Señor, a comentar el catecismo de nuestra madre en la Iglesia, pero hoy lo vamos a hacer de una forma especial, haciendo un programa especial, interrumpiendo la exposición, allá por el punto en el que estamos sobre Cristo que vendrá a juzgar a vivos y muertos, para hablar de la fiesta que hoy celebramos de la Inmaculada.

El catecismo expone esta doctrina en los puntos 490 al 493. Habla del misterio de la Inmaculada Concepción. Vamos nosotros a intentar, también, hacer unas aplicaciones concretas a nuestra vida espiritual, a nuestro pensamiento, para nuestra cultura, de qué es lo que supone para nosotros esta fe que tenemos en la Inmaculada Concepción de la Virgen María.

En primer lugar, podíamos decir que gracias a la Inmaculada Concepción de la Virgen María, gracias a ese singular privilegio que Dios le concedió de ser concebida limpia de todo pecado en virtud de que iba a ser la madre de Dios, gracias a ello, nosotros podemos tener una comprensión más profunda de lo que es el perdón de Cristo, de lo que es la redención de Cristo. Nos damos cuenta de que Cristo no solo redime perdonando los pecados, sino que Dios redime también preservando de caer en los pecados. Y eso es muy importante, que extraigamos de ello las consecuencias en nuestra vida, porque nosotros hemos sido redimidos por Cristo, de las dos formas: tanto en la medida en que hemos sido perdonados como en la medida que hemos sido preservados.

Es verdad que para ir a Dios hay dos caminos, el camino de la inocencia y el camino de la penitencia. El camino de la inocencia es básicamente el camino de María, una criatura que jamás ha opuesto resistencia a la gracia de Dios y ha sido conducida por Dios desde el primer instante.

Ha habido santos en la historia de la Iglesia que aunque, por supuesto, no han sido preservados por Dios del pecado original, pero sí, tras el pecado, tras el perdón del pecado original en el bautismo, han sido muy dóciles a la gracia de Dios y su camino ha sido básicamente el camino de la inocencia, como por ejemplo Santa Teresita de Lisieux que decía ella que no tenía conciencia de haberle negado nunca algo que Dios le había pedido.

También la verdad, es cierto que el camino de la inocencia básicamente, estrictamente hablando, únicamente es el camino de María, porque es verdad, que ahí celebramos también la fiesta de los santos inocentes el 28 de diciembre y hay muchas personas que han tenido un camino de inocencia, salvado el pecado original. Salvado el pecado original si hay personas y niños que han muerto cuando todavía no habían tenido la consciencia suficiente para cometer pecados personales. Salvado el pecado original, es posible, es seguro que habrá muchas personas que han ido a Dios por el camino de la inocencia, pero hay que reconocer que en la mayoría de todos nosotros, sobre todos los que están oyendo esta charla, el camino de la inocencia para nosotros ya se nos escapó, es un tren que se nos escapó. Nosotros estamos caminando hacia Dios por el camino de la penitencia y a través de la penitencia, que es un don de Dios, es un don de su gracia, procuramos llegar a la misma meta que María llegó por la inocencia. María llegó por la inocencia a donde nosotros debemos de llegar por la penitencia. Dos caminos para una misma meta.

Y decíamos que la Inmaculada Concepción de la Virgen María nos ayuda a entender que Dios a veces da el don y redime preservando y desde luego nosotros podemos ver el mundo que nos rodea y aunque somos muy pecadores, también nos damos cuenta de que el Señor **nos ha preservado de caer en ciertos pecados**. Vemos a hermanos nuestros presos, incluso esclavos de ciertos pecados, que Dios por su gracia nos ha preservado de ellos.

Y esto nos tiene que ayudar mucho, nos tiene que ayudar a ser muy agradecidos a Dios, para no atribuirnos a nosotros mismos, en una especie de tentación, de jactarse o de una vanidad, o de una soberbia, de una autocomplacencia, de pensarse que uno se siente superior que otras personas porque no ha caído en determinados pecados y decir: porque fíjate esas otras personas, qué perdidos son. De esta manera uno tiene que tener mucho cuidado de no jactarse, de no atribuirse a sí mismo, el mérito de no haber caído en determinados pecados. Por la gracia de Cristo hemos sido preservados, y es verdad que también el Señor quiere una colaboración y una respuesta de nuestra libertad. Pero el no caer en ciertos pecados es también un don de la gracia del Señor. Somos redimidos también siendo preservados de esos pecados.

Dice la Sagrada Escritura *"El que se sienta seguro tenga cuidado, no caiga"*. Ojo con ello. El que se sienta seguro tenga cuidado, no vaya a caer. También se dice en un refrán de la vida de pensamientos espirituales, en referencia a que algunos se sienten seguros de su vida espiritual o de pensarse, como aquel publicano que estaba en la iglesia y estaba en primera fila diciendo "Te doy gracias, Señor, porque no soy como ese otro que está ahí atrás". Entonces, uno puede pecar de sentirse seguro de sí mismo y digo que hay un refrán, de estos pensamientos de vida espiritual, que dice que "a veces Dios puede castigar la soberbia encubierta en pecados torpes, patentes". ¿Qué quiere decir esto? quiere decir que a veces el Señor permite que caigamos en pecados evidentes, humillantes para nosotros porque están hechos a los ojos de todo el mundo o porque de alguna manera, aunque no han visto los demás, me humillan a mí mismo diciendo "pero, ¿cómo he sido capaz de cometer esa torpeza?" y a veces el Señor permite que caigamos en ciertos pecados así más graves, más ostensibles, más escandalosos, para que seamos más humildes, para que no tengamos una especie de excesiva confianza en nosotros mismos y para que no miremos a nadie por encima del hombro. Repito, este refrán que dice que a veces el Señor castiga la soberbia encubierta en pecados torpes, patentes y ostensibles ante los ojos de los demás. Es

una forma de hablar eso de que castiga porque lógicamente el pecado lo cometemos nosotros mismos, pero Dios permite ciertas caídas para que seamos humildes, para que nos demos cuenta de que estamos siendo preservados por la gracia de Dios.

Por lo tanto, y en resumen, esta primera consideración nos tiene que hacer caer en cuenta de que el privilegio que tuvo María de ser preservada, de ser redimida en la preservación, nosotros también lo tenemos, aunque de una manera mucho más imperfecta. Aunque nosotros estemos en camino de penitencia y el de la inocencia ya no sea estrictamente el nuestro, sí que también somos preservados. Y la gracia de Cristo también se manifiesta en parte, aunque sea en parte, en que somos preservados de muchos males y tenemos que dar gracias infinitas a Dios y sentirnos queridos, sentirnos mimados y tener misericordia hacia nuestro hermano y no ser nunca como el hermano mayor de la parábola del hijo pródigo que miraba a su hermano menor de una forma inmisericordes por aquello que había hecho él, ese hijo tuyo. Mirar con una mirada de misericordia, una mirada de compasión, a ejemplo de la mirada del corazón de Cristo, es lo que de alguna manera se deriva, se concluye, de esta conciencia de haber sido preservados por la gracia de Cristo de muchos pecados. Vamos a meditar en esto antes de continuar.

Una segunda aplicación también muy práctica, creo yo, en nuestros días para purificar muchas cosas ya que nuestra cultura tiene verdaderamente desviaciones, es que ese don especial que María recibió de ser preservada del pecado original, es precisamente la de poner la atención y poner nuestra consideración en **la existencia verdadera del pecado original**, porque las consecuencias del olvido y la negación del pecado original han sido muchas. Ha sido la difusión de una antropología ingenuamente optimista, de una visión del hombre, de lo que es el hombre, ingenuamente optimista y en nuestra cultura, una vez que se ha negado el pecado original el hombre es considerado bueno por naturaleza por lo que no tendría necesidad de purificar ninguna tendencia desviada. Es más, la pedagogía, la educación de los niños, habría de limitarse a fomentar la espontaneidad del individuo. Aquí parece que para obrar bien bastaría con ser auténtico y natural. Parece que estos son los términos que hoy en día están de moda. Hay que ser auténtico, hay que ser naturales, hay que ser espontáneos, y únicamente habría que intentar salvar ciertos condicionamientos negativos de la sociedad, pero el hombre es bueno por naturaleza, y en todo caso, es la sociedad la que le puede hacer malo y la pedagogía consistiría en dejarle a cada uno desarrollar sus propias tendencias, cada uno que sea espontáneo, que sea auténtico, que sea natural. Como los oyentes pueden considerar, con estos presupuestos partiendo de aquí, lógicamente se derivan muchísimos males. Mucho también habría que decir que la crisis actual en la enseñanza parte de estos falsos presupuestos donde parece que la corrección está mal vista con estos presupuestos, porque no hay que corregir a nadie si todo el mundo es bueno, si todas sus tendencias son buenas. Parece que eso de la corrección es casi opresivo, es oprimir.

Entonces ya sabemos que la existencia del pecado original es un misterio, difícilmente entendible, pero mayor misterio es todavía comprender al hombre sin aceptar la realidad de que existe un pecado original. Lo que la revelación bíblica nos cuenta coincide con nuestra propia experiencia. Es decir, que dentro de nosotros descubrimos que hay una distorsión que nos inclina al mal que nacemos con ella. Hacemos por debilidad lo que no queremos hacer, mientras que nos resulta difícil cumplir con nuestros propios propósitos. Nos habíamos propuesto ciertas cosas y luego resulta que

no somos capaces. Es lo que dice San Pablo: "hago lo que no quiero y eso que me he propuesto no soy capaz de finalizarlo".

Por ello, una concepción del hombre que se cimiente en bases meramente naturalistas, (y digo por naturalistas que el hombre es bueno por naturaleza, etc) condena al hombre a un montón de indignidades, venganzas. Hay personas que son tan naturales que se dejan llevar por su tendencia a la venganza. Pereza también es una consecuencia natural de ser espontáneo. Lo que espontáneamente nos sale es ser perezosos, ser egoístas. A un niño no hay que enseñarle a ser egoísta, nace sabiéndolo. Al niño lo que le cuesta decir, lo que cuesta enseñarle es que él sea capaz de coger su juguete y que diga "toma, para ti" porque lo que espontáneamente le sale es decir "esto es mío", si esa tendencia egoísta la tiene con él: la avaricia, la infidelidad, la lujuria.

Es decir, cuando alguien tiene unas bases meramente naturalistas y piensa que el hombre es bueno por naturaleza y que hay que ser espontáneos y que educar bien consiste en dejar que cada uno desarrolle sus propias tendencias, entonces vamos a ser sinceros y concluimos en que la venganza, la pereza, el egoísmo, la avaricia, etc son la consecuencia natural de todo ello, porque no es cierto, es falso que el hombre sea bueno por naturaleza. Hay en nosotros una tendencia al mal, llamémosle pecado original en el sentido teológico o llamémosle egoísmo innato, quien quiera hablar en términos psicológicos, pero estamos hablando del mismo misterio.

En consecuencia, es necesario **una armonización interior**. Hay que armonizar al hombre por dentro ya que falta una armonía. Hay que armonizarlo para que el hombre pueda llegar a desear lo que está de acuerdo con su propio bien y con la voluntad de Dios. Porque el problema que tenemos es que no nos coincide el deseo y la voluntad, no nos apetece lo que nos conviene y lo que nos conviene no nos apetece. Ese es el drama del hombre. La aspiración a la libertad solo puede encontrar su auténtica realización en la medida en que el hombre se deja sanar por la gracia de Dios. Tenemos que ser curados por la gracia de Dios. Curados. Para eso tenemos que ser corregidos. Hay que curar al hombre porque uno de los dramas del hombre actual es que no distingue entre lo que le apetece, lo que la naturaleza le impulsa y lo que debe. Ese es el drama y son dos cosas bien distintas. Y si uno no es capaz de discernirlas y distinguir las, llega a un choque, va a un abismo. Entonces que la gracia de Dios venga en nuestra ayuda e integre y armonice interiormente al hombre para que la razón gobierne la voluntad, para que la voluntad gobierne las apetencias y para que no se produzca esa especie de choques tan fuertes y tan brutales que ocurren en nuestro interior.

El hombre maduro es aquel en el que la razón gobierna a la voluntad, armoniza la voluntad, quiere con su voluntad aquello que es ordenado, aquello que es conforme a la dignidad del hombre. La razón gobierna la voluntad y la voluntad gobierna las pasiones. La voluntad se está dirigiendo, ordenando, moderando a las distintas pasiones, nuestros sentimientos en nuestras tendencias, nuestros impulsos. Sin embargo, el hombre inmaduro, es aquel que se deja arrastrar por todas las consecuencias del pecado original. Es aquel que sus pasiones acaban esclavizando la voluntad, que quiere lo que le apetece. La apetencia es la que esclaviza la voluntad y la voluntad esclavizada, la voluntad es la que gobierna la razón qué piensa lo que quiere, qué quiere lo que le apetece y qué piensa lo que quiere. El hombre inmaduro es aquel que tiene invertido

ese orden, porque el desorden interior, supuestamente queriendo ser espontáneo, ha sido esclavizado.

Así, una segunda consecuencia, una aplicación concreta de la contemplación de María Inmaculada es que siendo conscientes de la existencia del pecado original, no podemos ser tan ingenuos de educar nuestra vida como si el pecado original no existiese. El pecado original existe, es más, ha sido confirmado y reafirmado por nuestros propios pecados personales. Y eso supone un desorden interior y no podemos ser tan ingenuos de educar o educarnos a nosotros mismos, o de llevar una vida espiritual en la que rechazamos cosas como la penitencia, como la mortificación, como la corrección, todo aquello que es necesario en un realismo antropológico, para educar a la persona y para encauzarla por ese camino de la penitencia. Vamos a meditarlo pidiendo la asistencia de la gracia de Dios para que venga en auxilio de sanar nuestra naturaleza herida. Necesitamos la gracia para sanar nuestra naturaleza herida, herida por el pecado. Lo meditamos un momento (música).

También María es para nosotros **un modelo de pureza**, y María también descubre y revela en este mundo el sentido auténtico de la sexualidad. La tradición popular católica ha designado la fiesta mariana de la Inmaculada con el nombre de la Purísima. Es más, el prefacio de la misa de hoy, reza así: Purísima había de ser la que concibiese el autor de la gracia. Hemos designado, especialmente la tradición mariana española, a la Inmaculada con el nombre de la Purísima, ensalzando a María como modelo de pureza, modelo de castidad.

Pero fijaros una cosa, que nadie piense, ni muchísimo menos, que nadie se equivoque pensando o considerando que la sexualidad es algo que no sea santo, ni muchísimo menos. María no fue virgen o la concepción de Jesucristo no fue virginal porque la sexualidad sea mala o impura y por lo tanto, Jesús no debía de ser concebido sexualmente por ese motivo, en absoluto. La sexualidad es santa como todo lo que ha salido de las manos de Dios. La sexualidad es pura, como todo aquello que forma parte del plan de Dios. No es por eso por lo que María fue virgen o por lo que Jesús fue concebido virginalmente.

Jesús fue concebido virginalmente porque eso convenía a su naturaleza divina. Jesús es verdadero hombre y por eso fue concebido de las entrañas de la Virgen María y es verdadero Dios y por ello convenía que fuese concebido por obra del Espíritu Santo y no por concurso de varón, para manifestar también en la forma de ser concebido que Jesús era verdadero hombre, pero verdadero Dios, que su origen era divino. Por lo tanto, tengamos cuidado de pensar que María fuese virgen o que Jesús fuese concebido virginalmente porque la sexualidad sea no santa o menos santa, en absoluto.

Fijaros, el punto 2337 define lo que es la castidad, lo que es la pureza. Dice "*La castidad significa la integración lograda de la sexualidad en la persona, y por ello en la unidad interior del hombre en su ser corporal y espiritual. La sexualidad, en la que se expresa la pertenencia del hombre al mundo corporal y biológico, se hace personal y verdaderamente humana cuando está integrada en la relación de persona a persona, en el don mutuo total. La virtud de la castidad, por tanto, entraña la integración de la persona y la integración del don*"

Es decir, dicho así con palabras más sencillas, la castidad es la integración de la sexualidad en la vocación que Dios nos ha dado a cada uno. La castidad lo que hace es integrar la sexualidad en esa vocación. Por lo tanto, los esposos, los matrimonios, viven la castidad cuando viven la sexualidad dentro de la vocación que Dios les ha dado, teniendo relaciones castas entre ellos. Y las religiosas viven la virtud de la castidad, teniendo esa dimensión esponsal con Jesucristo y por tanto renunciando a una relación con un hombre. Y un joven vive la castidad reservándose y guardándose para su entrega matrimonial. Es decir, la castidad es vivir la sexualidad dentro de la vocación en la que Dios le ha dado a cada uno. Tan casto es un matrimonio que vive sus relaciones sexuales de una manera fiel y abierta a la vida, etc, como una religiosa que vive su consagración virginal, como un joven que vive la pureza buscando el camino del matrimonio, es decir, cada uno vive la castidad dentro de la vocación concreta que Dios le ha dado. En este sentido decimos que María es modelo de pureza y modelo de castidad.

Recordemos el pasaje bíblico del libro de Génesis donde se describe el hecho de que Adán y Eva sintiesen vergüenza al verse desnudos como consecuencia del pecado original. En palabras de Juan Pablo II, Dios creó al hombre de forma que el cuerpo, este era el plan originario de Dios, que el cuerpo fuese el icono o el espejo del alma, expresión de su interioridad. En el plan de Dios, el cuerpo no era nada malo, sino que era sencillamente el espejo del alma. Por el contrario, el pecado original ha deformado esa vocación primitiva con la que Dios crea nuestra naturaleza humana, imprimiendo dentro de nosotros una tendencia a divorciar la sexualidad del amor. Eso es lo que hace el pecado, divorcia el amor de lo corporal. De manera que nos ocurre que por esa distorsión que ha introducido el pecado, el cuerpo, en vez de ser el espejo del alma, casi nos puede llegar a resultar algo que nos aparta del interior del hombre, que suscita nuestras pasiones. El cuerpo puede llegar a ser pues casi un acicate, un instrumento de la tentación. Eso lo vemos continuamente, y vemos cómo se utilizan los cuerpos humanos como una especie de incitación, en esa especie de forma sensual de utilizar las imágenes en la publicidad, etc. donde se está utilizando el cuerpo humano no como un espejo del alma. A uno le importa muy poco, en ese tipo de publicidad, qué alma tiene esa persona, lo que le importa es que ese cuerpo está despertando tus pasiones. Ahí el cuerpo deja de ser el espejo del alma para ser casi una especie de lanza que te está pinchando a ti y está suscitando tus pasiones, para que luego tú después piques y compres ese producto desde esa pasión, desde esa especie de fantasía interior que ha creado en ti.

Por lo tanto, hay que decir que la dignificación de la sexualidad supone volver a darle al cuerpo su vida. Te entrego plenamente mi vida, le dice el esposo a la esposa o la esposa al esposo y eso significa la entrega sexual. La entrega sexual abierta a la vida es la expresión de la entrega de la vida: todo lo mío es tuyo, todo lo tuyo es mío, y eso está expresado en la entrega sexual. Mientras que en la vocación virginal, la renuncia a la sexualidad es la expresión del desposorio con el Dios invisible. La religiosa, aquella que tiene la vocación, aquel que tiene la vocación a la virginidad, en el fondo tiene a María Virgen como modelo, y en su renuncia a la sexualidad está expresando el exosorio con Dios: mi alma, podíamos decir, el núcleo de mi alma, lo indivisible del corazón es para Dios, es desposado con Jesucristo.

Para ello, María Inmaculada nos descubre el valor de la virtud de la castidad, que no es otra cosa que la integración de la sexualidad dentro de la vocación al amor que cada

uno ha recibido en su vida. Este es el verdadero sentido de la castidad, el verdadero sentido de la pureza, que como he dicho al principio, no es meramente renunciar a la sexualidad como si fuese mala, no. La sexualidad es buenísima dentro del plan de Dios y cuando es una distorsión es cuando está fuera del plan de Dios.

Y la Virgen Inmaculada, modelo de pureza, modelo de castidad, nos está redescubriendo a todos el verdadero valor de la virtud de la castidad, que repito y termino con ello, no es otra cosa que la integración de la sexualidad al servicio de la vocación al amor que Dios dio a cada uno, bien sea dentro del matrimonio o en la vida consagrada. Es integrar la sexualidad dentro de la vocación que Dios nos dio y que el cuerpo vuelva a ser el espejo del alma y no el incitador de las pasiones. Esa es la vocación que María nos vuelve a descubrir. Por eso continuamos llamándola, hoy día, la Inmaculada y le continuamos llamando así, la Purísima: Purísima había de ser, María, contemplándote a ti también, te pedimos el don de la pureza. Sé tú mi pureza, sé tú mi alegría. Lo meditamos un momento(música).

Y otra aplicación bien concreta que podemos hacer de esta fiesta, de esta solemnidad de la Inmaculada Concepción, de este ensalzar que hacemos los creyentes de una criatura humana que Dios ha ensalzado, esto también tiene una consecuencia muy práctica dentro del choque de cosmovisiones distintas y antagónicas que estamos viendo hoy en día en el orden mundial. Estamos asistiendo al choque de **dos cosmovisiones antagónicas**, que es por una parte, el occidente secularizado y por otra parte un islamismo fundamentalista, que parecen chocar los dos en el mundo. Unos dicen que están chocando el cristianismo y el Islam, pero más que el cristianismo y el Islam, aquí lo que choca es el occidente secularizado, que de cristiano tiene muy poco y por otra parte una concepción fundamentalista del Islam.

El primero, el occidente secularizado ha ensalzado al hombre hasta el desprecio de Dios; hasta tal punto hemos hecho del hombre el centro de todo que parece que Dios nos sobra. Dios en todo caso, se le permite a uno, en el interior de su conciencia, si tiene esa tendencia religiosa. O sea se entiende por libertad libertad religiosa que a uno se le permita rezar cuando se meta en su cama, por la noche y poco más, pero vamos sacando a Dios de la escuela y de donde haga falta y vamos metiéndolo dentro de la sacristía. Así, por una parte, el occidente secularizado ha ensalzado el hombre hasta el desprecio de Dios. Y sin embargo, y por el contrario, el islamismo fundamentalista ha ensalzado a Dios hasta el desprecio del hombre y eso lo observamos cuando se proclama la grandeza de Alá y para proclamarla alguien se pone en su cintura unos explosivos para hacer saltar por los aires a unas personas. Eso se llama ensalzar a Dios hasta el desprecio del hombre.

Y entre estos dos extremos, entre el extremo de una visión que tenemos en Europa y en América, antropocéntrica, en que el hombre es el centro, entre esa especie de antropocentrismo intrascendente que niega la trascendencia de Dios y por el contrario, la visión teocéntrica deshumanizante que tiene el Islam donde Dios es el centro y se hace el centro de una forma en que deshumaniza al hombre, el cristianismo se ofrece como una alternativa auténtica y equilibrada, que es capaz de aunar dos extremos que a veces cuesta aunarlos, que es que Dios es grande y que Dios es, al mismo tiempo, amante de lo humano. Dios es divino y Dios es humano. En el Cristo encarnado se unen las dos cosas: lo divino y lo humano y uno no está contra el otro. Ensalzar a Dios no es a costa de destruir al hombre o creer en el hombre no es a costa de negar a Dios,

sino que el cristianismo integra lo humano y lo divino y especialmente en la figura de los santos y sobre todo en la Virgen María. En esa devoción que tenemos los católicos a los santos y especialmente a la Virgen María, tenemos una explosión, un ejemplo bien concreto de una verdadera religiosidad equilibrada que glorifica a Dios al mismo tiempo que dignifica al hombre.

Permitidme subrayar una vez más esta expresión: una religiosidad equilibrada es aquella que glorifica a Dios al mismo tiempo que dignifica al hombre. Y uno se da cuenta de que por esto la Iglesia propone como modelo de imitación a los santos, no porque le quitemos a Dios la gloria, sino porque le glorificamos a Dios viendo como Él ha hecho de los santos y especialmente de la Virgen María la cumbre de la humanidad. Uno cuanto más cree en Dios, cuanto más pone en Él su confianza, más cree en el hombre porque Dios dignifica al hombre, le hace más santo. Es más, es que solamente creyendo y confiando en Dios, uno puede confiar en el hombre. Lo peligroso es confiar en el hombre cuando se ha apartado de Dios. Eso sí que es peligroso.

La fe en Dios tiene que dignificar al hombre, hacerle más digno, hacerle más humano, al contrario de lo que parece y que vemos en muchas manifestaciones del fundamentalismo islámico, que la fe en Dios tiene que hacer desprestigiar más a la mujer, y la fe en Dios tiene que hacer todavía una especie de desprecio de la vida. Parece que cuanto más fe fanática se tiene, más se desprecia a la humanidad, se desprecia la paz y se desprecia, a la dignidad de la mujer y muchas cosas. Y por el contrario, en nuestro occidente a base de decir que queremos los derechos del hombre, pero no sé qué derechos son, porque ni siquiera se respeta el derecho a la vida del no nacido, se pretende proclamar los derechos del hombre negando los derechos de Dios y negando la centralidad de Dios.

Todo eso es una especie de choque de dos trenes entre el secularismo de Occidente y entre el fundamentalismo del Islam. Es un choque de trenes que puede llevar al mundo a la destrucción. Y entre esas dos cosmovisiones antagónicas, tenemos en la Virgen Inmaculada, en **María, el modelo del equilibrio de lo humano y lo divino**. Vemos integrado la humanidad y la divinidad. María es el lugar en el que lo humano y lo divino se desposaron. El seno de María es el lugar en el que ha tenido lugar ese desposorio, lo humano y lo divino. En Jesús se ha casado la divinidad con la humanidad. En la doble naturaleza de Jesús, humano y divina, ha tenido lugar esa integración.

Y de ahí tenemos que derivar muchos equilibrios. O sea, un equilibrio que lo integra todo, integra lo verdaderamente humano y lo verdaderamente divino, y por eso dice el Concilio Vaticano II tantas veces, que todo lo verdaderamente humano le interesa a la iglesia porque todo lo verdaderamente humano en el fondo es divino también si tiene en Dios el origen de todo, y todo lo verdaderamente divino dignifica al hombre. Por lo tanto, la verdadera religiosidad, esa que tiene también a los santos y especialmente a María como modelos, glorifica a Dios al mismo tiempo que dignifica al hombre.

Permítidme concluir con una anécdota, también de nuestros días. Hemos visto como en esta Europa, que ya va camino de consolidarse dentro de las distintas ampliaciones de la Europa comunitaria, tenemos esa bandera azul con esas 12 estrellas doradas. Es bueno saber que cuando en 1949 se instituyó en Estrasburgo el primer Consejo de Europa, se convocó un concurso artístico para elegir una bandera común

para todos y que la providencia quiso que entre los 101 proyectos personales que se presentaron finalmente, en 1955, se eligiese el proyecto elaborado por un señor llamado Arsène Heitz , un ferviente artista católico que superaba ya los 90 años de edad.

La inspiración de este buen hombre fue la de plasmar el pasaje bíblico del capítulo 12 del Apocalipsis, donde se describe la figura de una mujer con una corona de 12 estrellas sobre su cabeza, una corona de 12 estrellas sobre fondo azul. Por motivos obvios, este hombre guardó en secreto su fuente de inspiración religiosa y no lo descubrió hasta que después fuera definitivamente seleccionado su proyecto y elegido. Hasta entonces se limitó a responder a las aclaraciones que le solicitaban desde aquel primer Consejo de Europa, que estaba formado solamente por seis países, por cierto, diciendo que el número 12 era un número de plenitud, según la sabiduría antigua, y que no debería de cambiar si un día los miembros del consejo superasen ese número de 12. Entonces eran solo seis países y alguno le llamó la atención que este hombre pusiese una bandera con 12 estrellas y él aconsejó de que las estrellas fuesen siempre 12, aunque fuesen más los países como son la ahora.

Y lo más sorprendente es que precisamente fue un 8 de diciembre de 1955, día de la Inmaculada, cuando en una votación del Consejo de Europa fue adoptada esta bandera por unanimidad, sin saber los que la votaban que quien la había diseñado, se había inspirado en aquella imagen bíblica del Apocalipsis 12, de una mujer vestida de sol. No cabe duda de que esta anécdota histórica trae a colación que por mucho que pretendamos negar a Dios, apartarle de la vida pública, por mucho que pretendamos ensalzar al hombre negando a Dios en este occidente enfermo, Cristo está en las raíces de nuestra cultura y María es su bandera.

María es la bandera de nuestra cultura, aunque pretendamos arrinconarla, aunque pretendamos arrinconar a una madre, ella siempre ejerce de madre. Aunque no se lo agradezcamos, ella seguirá siendo madre de una manera gratuita. Así es la madre y así es Cristo, es la raíz de nuestra cultura, aunque nos avergoncemos de ello. Y así es María, es madre, madre de nuestro ser espiritual, madre de nuestra cultura, aunque no lo queramos reconocer.

"Alabado sea Jesucristo". "Por siempre sea alabado"